

llos usan, y mostró venir de donde los españoles estaban. Y llegando á estos echizeros y sátrapas les dijo, mostrando mucho enojo y como riñendo:—¿Para qué tornais vosotros otra vez á venir acá? ¿Ques lo que quereis? ¿Qué piensa Montecuma? ¿Agora despierta y acuerda de temer? Ya él a errado y no tiene remedio, porque a hecho munchas muertes, y a destruydo á muchos y no a cumplido con su Dios: ále engañado y hecho munchas ynjusticias y burlas, y agravios.—Y oyendo esto los sátrapas, entendieron quién era, y luego le hazen un altar de tierra y adóranle, haziendo las çirimonias acostumbradas con yerba, y sacrificanse las orejas, sacando dellas sangre, y ofrécensela y pídenle que se siente que le quieren hazer más sacrificio, y esto postrados delante dél. Y él, haziéndose del enojado, no se quiso poner en el altar sino mostrando mucho enojo, y con él les dijo á voces:—Por demás es vuestra venida; ya no haré más cuenta de Mexico, y para siempre os dejo; no terné más cargo de vosotros ni de vuestro rey Montecuma. Apartaos de mí, que no quiero hazer lo que me pedís ni él me pide; volveos, y mirad, á Mexico. Y como volviesen á mirarle les pareció que todo él ardía, y luego se les desapareció; de lo qual quedaron espantados, y desmayados, y se volvieron á Montecuma, y le contaron lo que les abia acaecido, y le dijeron que era el Dios *Tezcatlpocatl*, un gran demonio. Desto recibió Montecuma munchísima pena y temor, y mandó juntar á todos los señores que con él estaban en Mexico, y á los prinçipales, diziéndoles:

—Naçidos somos, pongámonos á lo que nos viniere; no huyamos. Ya veys que nuestras fuerças no son poderosas contra Dios: hágase su voluntad.

Es muy de notar que con toda la diligencia que los echizeros ponian, y el demonio, no pudieron contra los españoles que andaban en la obra de Nuestro Señor Jesucristo; y en las palabras quel demonio les dijo, que por las muertes y engaños se perdía el Montecuma, y como los dejaba y salía deste reyno, aquí se cumple la palabra de Nuestro Redentor Jesucristo: «El príncipe deste mundo, ques el diablo, saldrá fuera.» (San Juan 12.)

Demás destas cosas, tuvieron munchas señales del çielo, por las quales, conoçian claramente la mudança del reyno.

COMETA QUE APARECIÓ.—Una fué, que diez años antes de la venida de los españoles, pareció una cometa, la qual duró todo un año; era tan relumbrante como una llama de fuego. Salía ordinariamente á la media noche, á la parte del Levante y llegaba hasta la mitad del çielo y allí le venia el dia, y con el resplandor del sol sencubria. Así mismo se quemaron dos *cues*, ques como digamos, yglesias, donde se yban á sacrificar. El modo dellas es hecho como un çerrito á mano, con sus escaleras, y en lo alto un altar donde ponian los ydolos, y allí se sacrificaban; y éstos se quemaron en diferentes tiempos. El uno destes era del Dios *Huitzilopuchtli*, que se llamaba *tlacalteca*, los quales se ardieron sin ocasion ninguna, y mientras más ahua les echaban más ardian, y el otro era del Dios del fuego *Jihutletl*.

Este dizen se ençendió con un rayo, y esto se tomó por muy mal ahuelo (20).

OTRA COMETA.—Ubo otra cometa, que cayó del çielo con sol y de día muy claro, por la parte del Oçidente, y corria házia Oriente, en forma y como tres estrellas juntas que corren á la par, muy ençendidas, y con muy largas colas. Tambien admiró esto muchísimo y espantó.

CÓMO CREÇIÓ LA LAGUNA DE MEXICO.—La laguna de Mexico, sin viento ninguno ni aber llovido sembraveçió, y creçió tanto que las olas y ahua entraban por las casas, y muchas derribaban, y se anegaron.

ORÍJEN DE LA LAGUNA DE MEXICO.—Esta laguna de Mexico se hizo trezientos y veynte y dos años antes de venidos los españoles, en tiempo de Ahuitzotzin, señor de Mexico, quatro años antes quél muriese. La ocasion dello, dizen, fué abrir muchas fuentes en la redonda de Cuyoacan, villa del marqués del Valle, que debe tener más de siete mil tributarios, y no es la mayor quél tiene. Dizen ubo un eclipse del sol en tiempo deste señor, que començó á medio día y duró hasta la tarde. Destas señales dejaron escriptas los padres fray Turibio de Motolinia y fray Bernardo de Saagun. Está en el libro quescribió dirijido al conde de Benavente, en la terçera parte (21).

Y antes que entraran en la tierra los españoles fueron vistas en el ayre jentes que parecían pelear unas con otras, y los yndios estaban maravillados dello, y espantados, porque jamás abian visto tal.

JUSTIÇIA DE UN YNDIO SIMPLE Y LO QUE PRONOSTICÓ.—Quéntase que quando los españoles venian por la mar para conquistar la Nueva España, tenian entre otros presos, en la çidad de Mexico, en Tlatelulco, un yndio, el qual era simple, que debia vivir en ley de naturaleza, y sabiendo que presto le abian de sacrificar, llamaba en su coraçon á Dios y vino á él un mensajero del çielo, que los yndios llamaron ave del çielo, y este traya diadema y alas, y despues que an visto pintados ánjeles dizen que era de aquella manera; y este ánjel dijo á aquel yndio:—Ten esperanza en Dios y esfuérçate; no temas, que él abrá misericordia de tí, y dí á estos que te sacrifican y derraman sangre, que muy presto çesará el sacrificio, con sus ydolatrías y derramamiento de sangre umana, que ya vienen los que an de mandar y señorear la tierra.—Él las dijo á los yndios, y ellos las notaron y le sacrificaron en un *cu* questaba en Mexico, en Santiago, donde oy está la horca.

VISION QUE VIERON LOS DE TEZCUCO Y MEXICO.—En este mismo tiempo, dizen, vieron los yndios de Mexico y Tezcucó que házia el Oriente, en muchos dias, dos oras antes que amanecièse, levantarse una claridad de sobre la mar, por donde vinieron los cristianos, y aquel resplandor subia un buen rato en alto, y desapareçíase aquella claridad, y no era la del alba; y tambien házia esta parte del Oriente vieron unas como llamas de fuego. Otros vieron un gran humo, que subia de la mar al çielo, y de tanta cantidad y calidad, que les ponía admiracion y espanto.

PRONÓSTICOS Y SEÑALES QUE TENIA MONTEÇUMA.—
Tambien ay fama que Monteçuma tenia pronósticos y señales de la venida de otras jentes que se abian de señorear de su tierra, y que la venida abia de ser del Oriente y jente blanca y barbada, como lo fué: y tambien se dezia, tenia respuesta del oráculo de sus dioses, que en él se acababan los señoríos mexicanos, y que no le abia de suçeder hijo ni señor natural de la Nueva España, y que en él se acababa, y se pasaba ya el tiempo que los dioses le abian dicho, y él abia entendido, en él abria fin su señorío.

DICHO DEL REY MONTEÇUMA Y RESPUESTA DE UN SEÑOR.—
Viniendo Monteçuma de una batalla, pocos años antes que llegasen los españoles, y con vitoria y muy ufano, dijo al señor de Cuyoacan:—Pues que agora emos vençido las provinçias de Soconusco y todas las demás comarcas, y á todos los señores vençidos, y puéstolas en el señorío de Mexico, bien puedo agora dezir que tiene Mexico çimientos y çerca de yerro. Díjole el prinçipal á quien lo dezia:—Señor, un yerro con otro se quebranta y vençe.—Que pareció esta ser profecía, aunque se condenó por desacato, porque los yndios le temian en extremo, y enojado, no le osaban mirar. Si algun prinçipal, que no fuese señor y su pariente, le abia dentrar á ver, abia se ser descalço y asentado de cluquillas, las espaldas á él y no los ojos, porque dezian que no lo mereçian ver, y desta manera, arrastrándose, entraban; y él hablalle, no en pié, sino como digo; y dizen que no abia nayde delante dél questuviese en pié sino por el suelo, que

aquel era el señorío, y que si estaba levantado, seria su yhual. Si eran señores y deudos, entraban calçados, y los ojos á él, mas no mirándole, aunque se ofreçiese hablalle. Çierto que eran muy de ver las çirimonias con que se servia, que por no salir de mi propósito no trato dellas.

Y como á poco tiempo el marqués los tuvo presos, ó á manera dello, en sus aposentos, al Monteçuma y al señor de Cuyoacan, se acordaron de las pláticas del yerro y se maravillaron de aquella respuesta, viendo los españoles armados: aunque la habian tenido por desacato, en aquella ocasion no lo fué.

